

Interpretaciones sobre la Organización Social de los Grupos Alfareros Tempranos de Chile Central: Alcances y Perspectivas¹

FERNANDA FALABELLA Y LORENA SANHUEZA

RESUMEN

Este artículo es el resultado de un ejercicio analítico orientado a exponer las unidades de análisis usadas para acercarnos a la organización social de los grupos Llolleo del período alfarero temprano en Chile central y evaluar sus correlatos arqueológicos. Estas unidades analíticas usan como referente los modelos sociales de la sociedad indígena de siglo XVI-XVII del centro de Chile. Este análisis permite evaluar hasta donde hemos llegado y donde están los principales vacíos que nos impiden avanzar en la comprensión de la organización social de los grupos en estudio.

PALABRAS CLAVE: Período Alfarero Temprano, complejo cultural Llolleo, Chile central, organización social.

INTRODUCCIÓN

Las sociedades del período Alfarero Temprano (en adelante PAT) del centro de Chile han sido foco de numerosas investigaciones arqueológicas sostenidamente a través del tiempo, las que han generado descripciones extensas sobre la materialidad y los sistemas tecnológicos asociados, varias propuestas relacionadas con los sistemas de asentamiento, subsistencia e interpretaciones sobre la organización social acordes con el momento histórico de la investigación y de los intereses particulares de cada trabajo. Más escasos han sido los trabajos analíticos que discutan la fundamentación del razonamiento

¹ Proyecto FONDECYT N°1030667

arqueológico y la explicitación de los modelos utilizados en la construcción de estos desarrollos prehispánicos.

Dentro de este período han sido reconocidas distintas unidades culturales. Entre 200 a.C. y 200 d.C. se registran los primeros contextos con cerámica en la zona, las “comunidades alfareras iniciales”, para las cuales existen aún escasos antecedentes arqueológicos. Entre el 200 y 1000 d.C. aumenta notoriamente la cantidad de sitios reconocidos y los contextos culturales se diversifican, marcando el comienzo de la diferenciación de identidades sociales en Chile central. Entre éstos se puede distinguir grupos cordilleranos, grupos Bato y grupos Llolleo en la costa y el interior, y otros con insuficiente información (Sanhueza et al. 2003). Los contextos Bato y Llolleo son los que tienen mejor resolución e identificación arqueológica y el contexto Llolleo es ciertamente el que dispone de mejores antecedentes arqueológicos como para trabajar los indicadores relacionados con la organización social.

En este trabajo nos interesa realizar un ejercicio analítico con los contextos Llolleo, basado en nuestra propia experiencia, buscando unidades sociales en los modelos etnohistóricos que muchas veces hemos usado explícita o implícitamente, y evaluar la posibilidad de operacionalizarlas a partir del registro arqueológico. Por otro lado, nos interesa evaluar hasta donde hemos llegado con la evidencia arqueológica y donde están los principales vacíos que nos impiden avanzar en la comprensión de la organización social de estos grupos.

EL COMPLEJO CULTURAL LLOLLEO Y LAS PROPUESTAS SOBRE SU ORGANIZACIÓN SOCIAL

Las investigaciones arqueológicas, a través del análisis de las asociaciones contextuales y de las similitudes y diferencias entre los restos recuperados de sitios arqueológicos y su distribución espacial, permitió delinear hace años la unidad arqueológica “complejo cultural Llolleo” (Falabella y Planella 1979) la que ha sido validada en el tiempo con nuevas investigaciones (Sanhueza et al. 2003). Esta ha sido definida a través de un complejo alfarero distintivo, adornos, prácticas funerarias, tecnología lítica y formas de uso del espacio y de recursos. El rango temporal es amplio, entre los 200 y 1000 d.C. y el área de distribución abarca desde zonas cercanas al río Aconcagua por el norte hasta al menos la cuenca de Rancagua por el sur, con asentamientos que ocupan las terrazas marinas a lo largo de la costa, los valles de la cordillera de la Costa y de los Andes y el valle central.

La información deriva del registro recuperado principalmente de espacios domésticos, los que incluyen sectores con entierros, de rescates de unidades funerarias y de colecciones artefactuales asociados a ellos. Si bien el registro disponible es aún escaso y representa una muestra muy pequeña de lo que debe haber sido la realidad Llolleo, la identificación de un conjunto de materialidades recurrentemente asociadas y estilísticamente diferenciadas ha sido el fundamento para la existencia de un sistema cultural en este segmento espacio-temporal, propuesta que tiene amplia aceptación entre los investigadores de la zona.

Pasar desde esta unidad arqueológica o entidad cultural a la(s) unidad(es) social(es) que representa, ha sido más controvertido ya que implica un nivel interpretativo mayor. Problemas inherentes a este proceso es la identificación de correlatos arqueológicos adecuados, la dificultad para identificar conjuntos sociales significativos y para comprender cómo éstos operan y se articulan entre sí.

Los marcos interpretativos en términos de la organización social de los grupos Llolleo se han valido de los modelos antropológicos y del referente etnohistórico conocido para los grupos indígenas del centro de Chile del tiempo de la conquista (Falabella y Planella 1979, Falabella y Stehberg 1989, Manríquez 1997, Benavente et al. 2000, Planella et al. 2000, Falabella 2000, Falabella et al. 2001, Falabella 2003, Sanhueza et al. 2003, Sanhueza y Falabella 1999-2000, 2003, Sanhueza 2004). Ello ha derivado en la formulación de distintas interpretaciones tanto sobre aspectos parciales como generales de las sociedades en estudio, las que están contenidas en diversos trabajos arqueológicos.

En un principio el sistema de organización social Llolleo se planteó como una estructura con distintos niveles de cohesión, donde el más estrecho estaría dado por la unidad familiar co-residencial. Estas unidades quedarían integradas, en un nivel mayor, con otros núcleos residenciales vecinos con los cuales mantendrían estrechos lazos de parentesco. Este nivel sería importante para el desarrollo de ciertas actividades económicas comunales y aglutinaría grupos de un mismo valle. Por encima de estas unidades, las relaciones habrían sido más sueltas, esporádicas y establecidas según lo requirieran las circunstancias. El nivel más amplio integraría a grupos de dos o más valles, y correspondería a las pautas culturales comunes en toda el área que eran descritas como “complejo Llolleo”. Las partes de este engranaje serían unidades sociales flexibles y de fronteras permeables (Falabella y Stehberg 1989).

Esta interpretación descansa en información espacial de sitios arqueológicos y en sus contextos, pero está inspirada fuertemente por la descripción del funcionamiento de las unidades sociales de s.XVI descritas en las crónicas (Falabella 1984). Esta inspiración es más explícita al referirse al patrón de asentamiento disperso y el tipo de economía generalizada y aproximación al medio que se consideran “semejante a los del mapuche histórico” (Falabella y Stehberg 1989).

Algunos años más tarde, a partir de las diferencias reconocidas entre los sitios Llolleo de la costa y el sitio El Mercurio, del valle del río Mapocho, se avanza en la interpretación a través del modelo de “sociedades tribales” Falabella (2000). Esta propuesta se apoya en las ideas de Braun y Plog (1982) quienes definen un sistema tribal como líneas de cooperación y comunicación a nivel regional que surgirían como respuesta efectiva, en sociedades no jerarquizadas, a los riesgos derivados de la impredecibilidad del medio natural y social. Se trataría de una red latente de lazos que comprometen desde alianzas temporales, breves e informales hasta alianzas negociadas, mantenidas simbólicamente a través del tiempo y que pueden llegar a institucionalizarse.

Es quizás en los trabajos sobre el sitio arqueológico La Granja, interpretado como un lugar de congregación social donde el “complejo fumatorio forma parte integral de algunas *actividades rituales* de las poblaciones del período Agroalfarero Temprano de Chile central” (Falabella et al. 2001:146), donde se integran de forma más evidente y explícita los modelos etnohistóricos y etnográficos para sustentar la interpretación. El fundamento para los datos etnográficos se basa en la hipótesis que, en tiempos del período Agroalfarero Temprano, existieron vínculos estrechos entre los desarrollos del centro y sur de Chile (Falabella y Planella 1988-89) y que muchas de las tradiciones que se perdieron en el centro, subsistieron pasada la conquista hispana y hasta la actualidad entre los indígenas del sur. En el caso del manejo de datos documentales de siglo XVI-XVII, se basa en la vigencia de los mecanismos de congregación a través del tiempo. “Pese a la distancia temporal entre estos eventos y los supuestos en el período Agroalfarero Temprano, hay una constatación importante de la vigencia de un mecanismo de congregación que no es ajeno a los naturales de la región central de Chile. Algunos de los propósitos de este mecanismo, sin embargo, se encuentran indudablemente modificados en el período de contacto hispano”. (Falabella et al. 2001:148).

Los trabajos más recientes han reiterado especialmente los modelos etnográficos, en el sentido de seguir concibiendo a los conjuntos sociales del PAT como grupos sin jerarquías institucionalizadas, flexibles y permeables. El

avance más sustantivo ha sido el hacer explícito como se vincularían algunos elementos del registro arqueológico con los fenómenos sociales y definir más claramente lo que significarían las unidades sociales aludidas. Tal es el caso del concepto de tradición cerámica (Sanhueza 2000) y estilo tecnológico (Sanhueza et al. 2003) considerados como la expresión material de líneas de transmisión de conocimiento alfarero y de relaciones sociales. El aporte más reciente es el de Sanhueza (2004) que tiene la virtud de operacionalizar los correlatos para las unidades sociales menores que estarían conformando los sistemas Bato y Llolleo, integrando el concepto etnográfico de “comunidad”, que en arqueología han desarrollado Yaeger y Canuto (2000), como la unidad social de interacción reiterada y permanente que genera y es generada en las rutinas diarias y que promueven sentidos de identificación.

En síntesis, se puede decir que en la interpretación sobre la organización social en la arqueología del período Alfarero Temprano de Chile central se ve claramente la utilización implícita o explícita de modelos etnohistóricos referidos a las poblaciones locales de Chile centro y sur presentes a la llegada de los españoles. El uso de estos modelos parece razonable y válido ya que, si bien hay entre 500 a 1000 años que median entre la documentación escrita y las sociedades estudiadas, existe probablemente un vínculo histórico entre ellos.

Pese a ello, en el estado actual de las interpretaciones sobre la organización social de estos grupos nos parece indispensable realizar una revisión de estas fuentes etnohistóricas con miras a generar referentes de unidades sociales significativas de manera explícita.

UNIDADES SOCIALES EN EL MODELO INDÍGENA DEL CENTRO DE CHILE, SIGLO XVI

Tanto las crónicas como los documentos inéditos son coincidentes en varios aspectos relacionados con la configuración de la sociedad indígena de Chile central entre los ríos Aconcagua y Maule.

La unidad de relación social y de cohesión más clara es “el cacique con sus principales y sujetos”, que habitan en caseríos sin conformar pueblos, que no obedecen a una autoridad central y sin embargo responden a la convocatoria de ciertas personalidades que asumen el liderazgo para enfrentar a los españoles. Siguiendo la entrega de encomiendas, se puede ver claramente que estos conjuntos son patrilineales y patrilocales, las tierras se heredan por vía

paterna, que no utilizan un apelativo propio de autoidentificación. Hablan la misma lengua y tienen redes de comunicación que articulan grupos que habitan físicamente muy lejos unos de otros (Falabella 1984, Planella 1988, Farga 1995, Manríquez 1997).

Esta configuración ha sido homologada a un sistema de linajes segmentados (Silva 1985), donde el parentesco es el eje articulador de la unidad residencial y productiva y donde los mecanismos de fisión mantienen bajos los niveles de densidad residencial y hacen posible mantener las estrategias sociales a través del tiempo (Sahlins 1972).

Las “parcialidades” serían verdaderos linajes que tienen su “asiento” en un territorio ancestral conocido y reconocido donde residen, tienen sus “sementerías” y desarrollan sus actividades cotidianas (Planella 1988). El concepto de “unidad socio-territorial y productiva” desarrollado por Planella (op. cit.) es clave para comprender el funcionamiento y la distribución espacial de la población indígena a uno de los niveles más fácilmente distinguibles en el registro histórico y seguramente más vivido, sensible o sentido desde la experiencia individual. A través del ejemplo de la cuenca norte de Rancagua incluso logró dimensionar (en un sentido muy general) la envergadura espacial de estas unidades, cuyos territorios calculó en 106 km² (Llobcabén), 120 km² (Rencague) y 97 km² (Andaloe)². Estas serían unidades sociales menores que mantienen relaciones de parentesco y reciprocidad entre sí configurando una suerte de unidad social y territorio mayor correspondiente a los “naturales del valle”. Si bien no existe información de este tipo para otras parcialidades, nos parece que la alusión frecuente, en los documentos, a ciertos lugares/caciques (con sus sujetos) como por ejemplo Lampa, Colina, Puro, Melipilla, Rapel y tantos otros (Ginés de Lillo 1942 [1602-1605]), podrían aludir a situaciones semejantes. Si bien son variados, parece que estos conjuntos sociales tenían un número reducido de miembros, que la población era poco densa y, en todos los casos, su organización espacial era dispersa.

La idea de la relevancia de estas unidades menores la retoma y refuerza Manríquez (1997) al tratar el tema de las identidades. Es muy interesante la constatación que, desde la mirada del indígena, no existe un nivel de reconocimiento identitario explícito más inclusivo que el de su unidad social de origen y que es éste el referente al que se apela recurrentemente al ser consultados sobre su pertenencia social. Las “microidentidades” se construyen desde el lugar de origen “que habitan según pautas transmitidas desde los antiguos”. Es esta “memoria de la sangre” en relación al lugar de origen de los padres o

² Es interesante notar como estas dimensiones se encuentran en otros casos etnográficos, por ejemplo California (60-120 km²) en un sistema social que ha sido descrito como “tribelets” (Bocek 1991).

abuelos, la trama que vincula a los miembros de estos linajes mínimos aunque hayan nacido en otro lugar y haya transcurrido un tiempo significativo. La congregación habitual con fines lúdicos, estratégicos o rituales de varias de estas unidades no deriva en expresiones identitarias como lo podría sugerir el apelativo “promaucae”, netamente foráneo al esquema del indígena de Chile central (Manríquez 1997).

“(...) la población de naturales, si bien tiene la misma lengua y pautas de organización social, política y económica, e incluso ritual... poseen identidades “microscópicas”, cuyo anclaje se encuentra en la cotidianeidad, permitiendo establecer diferencias entre ellas, dentro del mismo territorio (por ejemplo las poblaciones de la costa de aquellas que desarrollan su vida en los sectores del valle)...”.
(Manríquez 1997:52).

Es así que homologa el concepto de “microidentidad” al de “cultura local” constituida por la memoria colectiva, que se acumula en el ejercicio de la vida cotidiana y se transmite de generación en generación por la oralidad (op. cit.).

Las unidades socio-territoriales se van engranando “anidada” o “concatenadamente”, mecanismos que no son excluyentes.

El primero podría ejemplificarse con las tres parcialidades de la cuenca de Rancagua quienes configuran una unidad mayor en base a lazos de parentesco. Planella (1988) plantea que tiene cierto privilegio la que está ubicada en las cabeceras de las acequias. Es decir, si bien son unidades equivalentes, existen ciertos indicios de preeminencia que se manifiestan también en otras localidades de Chile central³. Esta misma idea de jerarquía entre linajes la encontramos en Farga (1995) a propósito de la tendencia endogámica de algunos linajes (cuenca de Santiago) que haría mantener a sus mujeres dentro de su territorio. Esto sería posible sólo en los linajes más numerosos, los que afianzarían lazos de parentesco interno, adquirirían mayor poder y mayor autonomía (incluso en su reproducción biológica) generando una situación de linajes “de desigual poder” (Farga 1995:76).

El segundo mecanismo podría verse ejemplificado en las tierras de los indios de Puro, Rapel y Melipilla. En este caso las relaciones se dan “en cadena” ya que hay nexos y conocimiento mutuo evidentes entre los de Melipilla-Puro por compartir identidad y origen común y entre los de Puro-Rapel por el acceso

³ Planella (1988) vislumbra cierta jerarquía entre “jefes”, ya que si bien muchas veces se mencionan dos o más caciques y principales en las mismas tierras, es sólo uno de ellos el que dirige en asuntos de mayor trascendencia.

ocasional de los de Rapel hacia las tierras de Puro; no así entre Melipilla-Rapel o entre Puro-Codigua que son vecinos (Manríquez 1997).

Estas unidades socio-territoriales parecen haber tenido estabilidad a través del tiempo a juzgar por las generaciones a las que los indígenas retrotraen su memoria (Manríquez 1997:119). Sin embargo ello no significa que hayan sido estáticas. Tanto la reconfiguración de las parcialidades de Coruntué y Llencague que dieron origen a Rencagua en un lapso de 40 años, entre 1570 y 1611 (Planella 1988) como la dificultad para reconocer grupos bien definidos en el registro histórico hacen pensar más bien en unidades dinámicas que pueden sufrir realineamientos a través del tiempo.

Uno de los rasgos más característicos de la organización indígena fue la celebración de “juntas” o reuniones que centralizaban distintos tipos de relaciones sociales. Los objetivos, cantidad de población involucrada y actividades específicas de su desarrollo difieren, pero tienen en común el constituir el canal consuetudinario de cualquier actividad que requería la cooperación de unidades más allá de la familia local. Se organizaban en lugares especialmente elegidos y durante su desarrollo había gran despliegue de comidas y bebidas, por lo que estos eventos pasaron a ser descritos como “borracheras”.

En el momento de contacto, en las juntas para organizar la defensa se advierten distintos niveles de participación. Algunas reúnen sólo a algunos “caciques” que habitan territorios próximos, como es el caso referido por Pedro de Valdivia luego del ataque a Santiago, o a una parcialidad, o alianzas de cooperación entre quienes habitan dos valles, como la junta de los indios de Michimalongo y de Tanjalongo, del valle de Aconcagua, con algunos del valle de Mapocho (Bibar 1558:72), hasta las que convocan a caciques de unidades socio-territoriales muy distantes como la referida por Mariño de Lovera donde concurren desde el Aconcagua al Mataquito y desde distintos emplazamientos del valle central y valles de la cordillera de la costa:

“...Para esto concurrieron los principales capitanes y cabezas del reino: entre los cuales estaban el capitán Jaujalongo; Chingaimangue; Apoquindo; Butacura; Lampa; Mayponolipillan; Colina; Melipilla; Peomo; Pico; Poangué; Cachapoal; Teno; Gualeno; y el general Michimalongo”. (Mariño, 1580:70).

Este mecanismo evidencia la potencialidad latente de cooperación entre segmentos sociales que, como lo ha expresado Manríquez (1997), si bien comparten el lenguaje, no expresan una identidad común. Se trata más bien de formas de relaciones sociales, flujo de información e intercambios que hacen viable la interacción en grupos sociales que no cuentan con otras formas institucionalizadas de integración.

Otra de las evidencias se refiere a la territorialidad discontinua. Esto se advierte por el uso, por parte de distintas comunidades con asiento en el valle, de espacios productivos en otras localidades. Es el caso de los grupos de Puangue que tienen tierras cerca del río Maipo, de los de Melipilla que tienen pescadores en la costa, los de Lampa, que tienen ajeros en el “manantial de Liray” y un pedazo de tierra de la otra parte de la cordillera de la Costa, los de Rancagua que usan corrales en la cordillera (Falabella 1984, Planella 1988). También se refiere a la interdigitación de los espacios que son utilizados, por ejemplo por los indígenas de Puro y Rapel como fuentes de recursos (Manríquez 1997). Ello apunta a un concepto territorio heterogéneo, en parches o discontinuo, como una forma de aprovechar la diversidad de recursos de Chile central.

Por último, también es notable cómo estos grupos conviven con unidades sociales que ellos mismos ven como “otros” o “diferentes”. Es el caso de los “apaltas” que son señalados como “apartados y distintos” por los naturales del valle de Rancagua (Planella 1988:66), de los “beliches” y de los “indios guanaqueros” que son mencionados recurrentemente en las crónicas y otros documentos, todos los cuales habitan interdigitados en el s. XVI, siendo reconocidos como distintos a los linajes de las otras parcialidades.

Uno de los problemas para “mirar” a las sociedades del período Alfarero Temprano a la luz de este modelo social podría ser que, siguiendo el planteamiento de Planella, el sistema de asentamiento (léase organización socio-territorial) de la población indígena de la cuenca de Rancagua de s. XVI es una modalidad muy consecuente con la actividad agrícola post incaica, ya que favorece el control eficiente de los recursos cultivados de un modo adecuado a las condiciones de los valles de Chile central, donde la mantención de acequias de regadío era fundamental. Muchas de las instancias de cooperación y reciprocidad se detectan a través de problemas con las acequias, que se secan de vez en cuando y los individuos, por parentesco, hacen sus sementeras en terrenos de un “pariente” (Ej. los de Llobcabén se mudaron a Llancahue por tiempo no bien definido (Planella op.cit.)).

Pero las realidades de Puro y Rapel, que no tienen este factor condicionante de control de aguas, funcionan en una lógica parecida en relación al “anclaje” al territorio. De esta manera, si bien debemos tomar con cautela las sugerencias de los sistemas indígenas, creemos que en condiciones donde el uso de acequias no es fundamental (costa de Chile central y Sur de Chile) se constituyó la misma suerte de relación familia-territorio-origen-identidad.

Otro de los problemas es la dificultad de extrapolar ciertos mecanismos sociales hacia el pasado. La base de la malla social del siglo XVI es el linaje patrilineal y patrilocal donde las mujeres son las que circulan y se mudan, ya sea dentro de su linaje (endogamia) o entre linajes próximos y vecinos como entre algunos bastante lejanos (exogamia). Este nivel de especificidad se puede proyectar a la realidad indígena inmediatamente anterior a la llegada de los españoles, pero es muy aventurado extenderla hasta las sociedades anteriores al 1000 d.C., ya que supone usar demasiados supuestos.

Si bien existen estas limitaciones y aunque la organización de siglo XVI pueda ser diferente a la del período que nos interesa, al relacionarla con las evidencias arqueológicas del período Alfarero Temprano disponibles, claramente enmarca la discusión dentro un tipo de organización social preestatal y no jerarquizada⁴. Las unidades y mecanismos descritos por y/o inferidos desde la etnohistoria son formas de organización y mecánicas recurrentes en este tipo de sociedades. Por lo tanto creemos que es válido usarlos como modelo o para generar hipótesis a testear contra los datos arqueológicos.

De acuerdo a lo anterior creemos que pueden conceptualizarse distintas unidades sociales significativas. En primer lugar la familia, probablemente extendida. En segundo lugar el linaje, conformado por varias de estas familias, que habitan en caseríos cercanos, pero no alcanzan a formar poblados propiamente tal. En tercer lugar, la malla de relaciones entre linajes, que permiten la generación de alianzas entre distintas familias y linajes, principalmente a partir de los matrimonios exogámicos. Estas distintas unidades, que abarcan cada vez mayor número de personas, representan además distintos grados de cohesión. Destaca además la relación a un territorio, así como la territorialidad discontinua e interdigitada de estas unidades y la congregación de distintos segmentos de población para fines sociales, lúdicos, bélicos o ceremoniales.

UNIDADES SOCIALES Y ARQUEOLOGÍA

Para nosotros el reconocimiento de unidades sociales a distintas escalas, con distintos niveles de cohesión, es un supuesto operativo en el análisis de la sociedad Llolleo.

⁴ Estas son descritas en la literatura antropológica y arqueológica bajo denominaciones tales como "tribus" (Service 1962), "sociedades tribales" (Sahlins 1972), "sociedades pre-estatales" (Fried 1975), "sociedades intermedias" (Arnold 1996) "sociedades de baja escala" (Upham 1990), "sociedades no jerarquizadas" (Sanhueza et al. 2003) o "sociedades acéfalas" (Johnson y Earle 1987).

Sin embargo, dada la naturaleza del registro arqueológico, no existe una equivalencia “uno a uno” con las unidades sociales propuestas. Es así como debido a la misma formación de los depósitos arqueológicos, los múltiples procesos postdeposicionales que sufren a lo largo de los siglos (especialmente en un área de alto impacto agrícola y urbano, como Chile central) y las limitaciones metodológicas (p.e. métodos de datación) las unidades sociales que estamos intentando identificar pueden verse mejor o peor representadas en distintos tipos y niveles de análisis arqueológico.

Consideraremos, por una parte, la configuración espacial de las unidades sociales. Toda acción humana se desarrolla en un espacio. Esta realidad tan obvia tiene implicancias para el análisis arqueológico ya que, por este solo hecho, determina la posibilidad de acceder a información social sustantiva a través de la distribución de las distintas categorías de asentamientos. Esto está directamente relacionado con las escalas del trabajo y del espacio que compromete el análisis arqueológico: sitio, localidad, región o área.

Por otro lado, consideraremos la identificación de unidades sociales a partir de la materialidad, que no deja de ser problemático, aunque un gran aporte en este sentido ha sido el marco teórico de la *antropología de la tecnología*. Este ofrece una manera de vincular a grupos sociales con el registro arqueológico al plantearse desde la perspectiva que toda acción sobre la materia es una producción social y por lo tanto socialmente significativa. Alejándose de los paradigmas adaptacionistas, el foco de interés está centrado en el individuo y en las elecciones de comportamiento que son las que en definitiva configuran los patrones de cultura material, ya que la particular expresión o materialización de un quehacer es una opción entre tantas y depende de cada contexto social particular. Las personas, en su quehacer, van optando por ciertos modos de hacer congruentes con las representaciones sociales de cada actividad.

En este marco y directamente ligado al resultado de las opciones que toman las personas, se operacionaliza el concepto de *estilo tecnológico* referido a la sumatoria de las decisiones arbitrarias que toman los artesanos en el proceso de manufactura de los objetos (Lemonnier 1992, Dietler y Herbich 1998, Stark 1999, Gosselain 1998). En el caso de Chile central, los objetos cerámicos, vasijas o fragmentos, ocupan un lugar preponderante por la sensibilidad que han mostrado para reflejar distintos tipos de opciones a lo largo de la cadena operativa y como vía de entrada a las relaciones sociales. Estas decisiones se enmarcan dentro del *habitus* del grupo al que pertenece el artesano(a), y están en relación directa con el proceso de enseñanza-aprendizaje, sin perjuicio que puedan surgir innovaciones. Permitirían identificar grupos que comparten un

habitus y, en definitiva, grupos de personas que tienen relaciones ‘cara a cara’. De esta manera, mientras más detallado sea el estudio, más acotada será la definición del estilo tecnológico, y estaremos identificando con ello, a grupos de personas más discretos.

En estudios etnográficos y/o etnoarqueológicos esto es relativamente fácil de abordar ya que se pueden observar directamente las decisiones y acciones de los artesanos para definir los estilos. De esta manera, acceden a la unidad mínima que comparte la predisposición para “una misma manera de hacer” las cosas. La arqueología, sin embargo, que trabaja con los objetos terminados (usados y ya descartados), accede solamente a las *consecuencias* de las acciones y decisiones tomadas durante el proceso de manufactura. Esto presenta sin duda una limitación y un problema metodológico a la hora de definir los estilos, ya que su adecuada caracterización depende de la posibilidad de identificar al detalle la secuencia de decisiones tomadas en el proceso de manufactura. Muchas de éstas tienen consecuencias visibles e identificables con análisis adecuados (para la cerámica materias primas utilizadas, técnicas y gestos de formado, tratamientos de superficie, formas creadas, técnicas, motivos y configuraciones decorativas). Otras, sin embargo, son difícilmente reconocibles (hábitos motores, instrumentos utilizados, algunas técnicas de formado, métodos de cocción). En este problema entran en juego también variables como las condiciones propias del material analizado, que puede estar demasiado fragmentado como para permitir ciertos análisis (p.e. configuración y motivos decorativos), aspecto que está directamente relacionado con los niveles a los que se realiza el análisis, que puede estar determinado tanto por las propias características del material, como por otras consideraciones.

Esto no quiere decir, sin embargo, que este concepto no sea útil para el objetivo de identificar unidades sociales (grupos que comparten una disposición socialmente generada a una “forma de hacer” determinada), ya que el hecho que se compartan ciertos aspectos importantes de las cadenas operativas nos indica, sin duda, cierto grado de relación entre los individuos que los manufacturaron, que permite que estas formas de hacer los objetos sean compartidas. Así, distintos aspectos de la secuencia de producción aluden a unidades sociales de diferente tamaño y magnitud, siendo los aspectos “ocultos” relacionados con la preparación de la pasta y formatización (gestos que permiten levantar la pieza) los que remiten a los de escala menor (por ejemplo, familia o grupo coresidencial), mientras que aspectos más “visibles” como la forma y decoración aludirían a unidades sociales mayores. Mientras más aspectos se compartan de las cadenas operativas estamos frente a relaciones más recurrentes y habituales entre individuos, y por el contrario, el

hecho que se compartan sólo parte de ella, indica que esta relación es de otra naturaleza.

Una de las ventajas de trabajar desde la perspectiva de los estilos tecnológicos en sociedades no jerarquizadas es que los sistemas de producción son de baja escala, generalmente a nivel de hogar o comunidad, lo que significa que los usuarios son los mismos productores de los objetos. Esta coincidencia entre productor y usuario evita el ruido que se genera en sociedades complejas con la circulación generalizada de bienes y facilita la identificación de los estilos artefactuales con determinadas unidades sociales.

UNIDADES SOCIALES Y SU CORRELATO ARQUEOLÓGICO

A continuación, y considerando los problemas antes expuestos, examinaremos cuáles de las unidades sociales significativas seleccionadas de los antecedentes etnohistóricos podrían verse expresadas en el registro arqueológico e intentaremos establecer los correlatos para su identificación, a partir de conceptos y unidades de análisis comúnmente utilizados en la arqueología (Tabla 1).

Para el primer nivel de cohesión social, la familia, nos parece que hay dos conceptos que operativamente pueden ser útiles: *hogar* y *grupo coresidencial*.

El *hogar* es la unidad más pequeña o unidad doméstica, referida al grupo de personas que coresiden en una vivienda o un conjunto habitacional. Implica relaciones cara a cara cotidianas y compartir, hasta cierto punto, las actividades y decisiones del ámbito doméstico (Blanton 1994). Corresponde a la(s) unidad(es) habitacional(es) con sus espacios anexos (patio, huerta, etc.) que, como unidad mínima, desarrolla la actividad doméstica. Se trabaja con el supuesto que está compuesto por individuos con lazos directos de parentesco, sin embargo estamos conscientes que establecer la relación biológica de sus integrantes no siempre es fácil o posible.

En el registro arqueológico prima el criterio de asociación espacial. Podemos pesquisarla a través de la evidencia de viviendas y áreas de actividades específicas y a través de la asociación de materiales relacionados con las actividades cotidianas. De acuerdo a esto, esta unidad no siempre corresponde a un sitio arqueológico, ya que un mismo sitio puede contener varias viviendas.

El *grupo coresidencial* corresponde al grupo de personas que viven contemporáneamente en un conjunto de viviendas próximas, por lo que se refiere

a un fenómeno de contigüidad espacial, análogo al concepto de “household” de la literatura norteamericana (Blanton 1994). Si bien resulta fácil distinguir esta unidad en sistemas de asentamiento nucleados, su definición se torna confusa en sistemas de asentamiento disperso donde es difícil trazar límites entre agregados más o menos aglutinados en el espacio.

En el registro arqueológico puede evidenciarse en sitios arqueológicos que incluyan más de una vivienda y también quedaría expresada por la asociación de materiales relacionados con actividades domésticas. Estamos concientes que un sitio arqueológico puede corresponder a varias viviendas contemporáneas pero también puede ser un palimpsesto de viviendas que se traslapan a través del tiempo (Dillehay 1992). La dificultad de establecer la contemporaneidad de las unidades habitacionales es uno de los mayores problemas a los que nos hemos visto enfrentados para plantear la existencia de la unidad coresidencial. Las características de los estilos tecnológicos contribuyen en este sentido.

A partir de estas dificultades, es posible que este concepto también pueda corresponder en ciertos casos al segundo nivel de cohesión social, el linaje, especialmente en los casos en que las distintas residencias están muy cerca una de las otras.

La *unidad socio-territorial* denota al grupo de personas que habitan un territorio (espacio geográfico) con límites reconocidos y reconocibles dentro del cual se desarrollan las actividades productivas que proveen el sustento básico del grupo. Es “económicamente autosuficiente” pero socialmente requiere ampliar su red de relaciones. Es, en este sentido la que mejor representa el segundo nivel de cohesión social, el linaje.

Este tipo de identidad tan cercana entre lo social y lo espacial sería un fenómeno propio de las sociedades agrícolas, por la relación que se establece con los campos de cultivo y porque éstas “en particular crean, en un sentido muy real, “mapas” físicos que reflejan las relaciones sociales y económicas por la modificación del entorno físico y la construcción de sitios arquitectónicos (viviendas, campos agrícolas, cementerios, etc.)” (Kolb y Snead 1997:611). Un componente relevante es el anclaje e identidad que genera y es generado por este espacio.

No existe en arqueología un concepto que represente esta unidad social, pero podría identificarse a partir de un conjunto de sitios en un espacio geográfico determinado con áreas de captación y uso de recursos potencialmente

compartidos. Para integrarlos como una unidad socio-territorial se requiere que en la materialidad se distingan patrones de asociaciones artefactuales y estilos tecnológicos distribuidos dentro de ese espacio geográfico. Dichos estilos deberían incluir atributos de baja visibilidad denotando aspectos compartidos a nivel de conductas de aprendizaje que difícilmente varían aunque cambien el entorno físico y social.

El tercer nivel de cohesión social, supra-linaje, se relaciona con lo que denominaremos la *malla de relaciones u organización tribal*. Este mecanismo parece ser una respuesta a la necesidad de cautelar los riesgos sociales y ambientales de las sociedades hortícolas o agrícolas sedentarias con un ethos igualitario. Pueden configurarse sobre la base de alianzas temporales y breves entre individuos (y ser muy informales) hasta alianzas negociadas y mantenidas simbólicamente a través del tiempo entre grupos (y transformarse en sistemas muy formales). De este modo se potencian lazos de cooperación, comunicación y control entre un conjunto mayor de personas que aquellas que configuran sus unidades sociales de base (linajes, multi-linajes). En este sentido, el sistema tribal es una red latente de relaciones recíprocas.

Se puede abordar arqueológicamente sólo de manera más indirecta, a partir de las evidencias físicas que dejan los actos donde se materializan las alianzas entre las familias y los linajes, en este caso las “juntas” (sociales, lúdicas, de guerra, rituales) como instancias de integración regional y que tiene también su referente en la “congregación ritual” mapuche definida por Faron (1964). En la materialidad se vería reflejada en un estilo tecnológico regional expresado principalmente en aspectos de alta visibilidad como formas y decoraciones y/o por bienes simbólicamente vinculados a las relaciones sociales supra-linajes.

Más allá de estos tres niveles de unidades sociales que parecen socialmente significativas a partir de las fuentes etnohistóricas, nos parece importante considerar otros dos conceptos.

Las sociedades no son entes aislados cuyo quehacer se desarrolla sólo dentro del espacio y en el seno de las relaciones sociales de la propia unidad social. Frecuentemente existen nexos con otros conjuntos sociales, lejanos social y espacialmente hablando, que generan una red de relaciones e influencias más allá de la familia que Lesser (1961) ha conceptualizado como “campo social” (en Cusick 1998). Se trata de un entramado distinto al que se genera dentro de los linajes ya que se refiere a la interacción con “otros” y que tiene connotaciones muy operativas en el campo de los contactos en zonas donde

conviven múltiples identidades como se ve referido en la documentación de los siglos XVI-XVII. Es operativo, además, para abordar las relaciones inter areales.

En el registro arqueológico se reconoce por sitios de grupos social y culturalmente diferentes, expresados en estilos tecnológicos diferenciados, interdigitados dentro de un mismo espacio, como es el caso de las evidencias Bato y Lollole y/o por la presencia de bienes de intercambio, o por influencias de otros grupos.

Por último, nos parece que el concepto de *comunidad* puede ser de gran utilidad en la comprensión de estas unidades sociales, especialmente cuando en su definición se pone el acento en la interacción de sus miembros en un espacio dado, con contactos cara a cara regulares y periódicos y en el sentido de identidad compartido que es generado por y que generan estas interacciones, siguiendo los principios de la teoría de la práctica de Bourdieu (1977) (Yaeger y Canuto 2000 y Kolb y Snead 1997). De esta manera la comunidad es una unidad que puede existir a distintos niveles y puede coincidir con unidades sociales con distintos niveles de cohesión social como el linaje, cuando éstas funcionan de la manera descrita para las comunidades. En el caso de las unidades operacionales usadas en este trabajo, puede superponerse al grupo coresidencial y a la unidad socio-territorial (linaje).

Arqueológicamente tiene su correlato en sitios conformados por más de una vivienda, distribuidos en un espacio suficientemente cercano como para que se produzca la interacción personal recurrente y periódica y en el patrón de asociaciones artefactuales que tengan un estilo tecnológico local, que incluya aspectos “ocultos”.

LAS UNIDADES SOCIALES EN LOS GRUPOS LOLLEO DE CHILE CENTRAL

La posibilidad de abordar los distintos niveles sociales antes delineados depende, como ya mencionamos, de la escala de investigación. El nivel de hogar se entiende desde la investigación de las áreas de actividad intra sitio; el nivel coresidencial, desde la investigación extensiva de un sitio; el nivel de la comunidad, desde un enfoque a nivel de la localidad que incluya la investigación de diversos sitios; el nivel del linaje socio-territorial puede estudiarse a nivel de la localidad (para unidades pequeñas) o de espacios mayores (supra localidad). El nivel de cooperación tribal requiere una mirada supra localidad, regional o supraregional (según sea la envergadura de la dispersión espacial de

las alianzas y la definición de región). Por último, el nivel del campo social se vincula a la investigación con perspectiva intra e interareal.

Claramente el tipo de investigación realizada (escala y orientación metodológica) es determinante en el estado actual del conocimiento sobre la organización social durante el PAT. Es así como los principales avances se han logrado en el nivel regional, mientras que los estudios a nivel de localidad son muy escasos.

El nivel de hogar y coresidencial

Como se mencionó anteriormente, la evidencia más directa para acceder a la determinación de las unidades hogar y grupo coresidencial es la asociación espacial y el trabajo intra-sitio. A pesar de las limitaciones por el escaso desarrollo de la arqueología de vivienda en Chile central, se ha inferido que los sitios Llolleo están compuestos por unos pocos hogares o unidades domésticas y que por tanto son coherentes con el modelo de unidad familiar propuesto desde la etnohistoria.

Un número importante de sitios, como ha sido en el caso de los sitios Hospital-6 y El Peuco en el valle central y de Caracoles Abierto en la precordillera, han sido abordados con una estrategia de delimitación del sitio en superficie, grillas de pozos de sondeo y excavaciones limitadas, que han permitido reconocer sectores con “concentraciones de basuras” las que representarían los locus originarios de desechos domésticos (En la Figura 1 se muestra la localización de los sitios arqueológicos que se mencionan en el texto). En todos estos casos, los sitios tienen escasa dimensión y potencia lo que sugiere escasas unidades habitacionales y tiempos de ocupación acotados (Sanhueza et al. 2003, Sanhueza et al. 2004, Sanhueza et al. 2005). Los sitios ubicados en la precordillera son buenos representantes de este tipo de asentamiento, ya que se encuentran mejor preservados que los sitios del valle, tan alterados por las prácticas agrícolas (Cornejo et al. 1997, Sanhueza et al. 2004). Esta situación ha permitido una mejor definición espacial y estratigráfica de las ocupaciones, permitiendo plantear que estarían representando una unidad coresidencial compuesta por una o pocas unidades domésticas⁵.

En otros estudios, como los realizados en los sitios LEP-C, en la costa central, La Granja en la cuenca de Rancagua y El Mercurio en la ribera norte

⁵ La carencia de evidencia sobre secuencias de ocupación en la estratigrafía y de datos que determinen la estacionalidad de las mismas sigue siendo un factor limitante para distinguir los depósitos que corresponden a varios eventos discretos y temporales a lo largo de varios años de aquellos generados por una ocupación continua durante un tiempo más breve.

del río Mapocho, las excavaciones han sido extensivas, y han permitido reconocer áreas de actividades diferenciadas (p.e. pozos o concentración de basura, espacios de vivienda, áreas de funebria, áreas rituales) (Falabella y Planella 1991, Planella et al. 1997, Falabella 2000). Los dos sitios del interior son muy extensos (ca 1 km²) y potentes (ca 1 metro o más de profundidad), lo que evidencia una ocupación recurrente y prolongada de un mismo lugar. No obstante, las áreas con concentraciones de materiales han mostrado cronologías diferentes, lo que sugiere que este tipo de sitios también corresponderían a un limitado número de viviendas contemporáneas y al desplazamiento de las unidades de vivienda (y sus basurales) a espacios contiguos a través del tiempo.

En el caso de la costa, los datos se ven coherentes con ocupaciones de escasas unidades familiares, sedentarias pero de permanencia limitada en un mismo locus. En algunos, por ejemplo LEP-C, se ha estimado en unos 37 los individuos que podrían estar enterrados en el lugar, y con una composición que refleja unidades familiares (13 adultos y 24 niños) (Falabella y Planella 1991). En otros, como Los Puquios (Falabella et al. 1981), Tejas Verdes y Rayonhil (Falabella y Planella 1979), si bien no se cuenta con datos tan precisos, la dimensión de los sitios, la potencia estratigráfica y los individuos rescatados sugieren una estructura parecida.

En todos los casos mencionados, la asociación espacial de los materiales arqueológicos es el referente más evidente de su correspondencia con una unidad básica de convivencia. En todo caso es importante mencionar que los estilos tecnológicos intra-sitio son los que han mostrado el mayor grado de coherencia, acorde con las expectativas para personas que mantienen relaciones cara a cara cotidianas y que comparten en gran medida sus modos de hacer. Desde estas evidencias es que consideramos que el registro arqueológico es coherente con el tipo de unidades y relaciones sociales más básicas de la sociedad indígena.

El nivel de la unidad socio-territorial y/o linaje

Para entender la articulación de las unidades que conforman una comunidad, grupo socio-territorial o un linaje es necesaria una visión a nivel de la localidad o subregión.

Los estudios arqueológicos a este nivel prácticamente no existen. De hecho, los sitios Lolloleo trabajados quedan bastante alejados entre si y sólo en el caso del área de la desembocadura del río Maipo se han estudiado cuatro sitios Lolloleo ubicados cercanos unos a otros (Falabella y Planella 1979). Esto

es lamentable si tomamos en cuenta que éste es el nivel de mayor trascendencia para el funcionamiento social y económico de la sociedad indígena.

A falta de la evidencia de un conjunto de sitios en una localidad que puedan ser considerados como una comunidad que comparte particulares “modos de hacer”, en la práctica se ha utilizado las evidencias de cada “sitio arqueológico” aislado *como si* representaran ese nivel analítico. Esta extrapolación es razonable dado que pensamos que un hogar o unidad coresidencial aislada es socialmente inviable y que necesariamente se vinculan con otros para sus actividades. Es así como las diferencias en los estilos tecnológicos de la cerámica (expresados especialmente en la variable pastas), en la lítica y en los énfasis de subsistencia entre distintos sitios, nos permiten hablar de un nivel de “localidad”, *como si* las características de estos sitios representaran unidades sociales mayores que la que evidentemente está presente en ellos.

El nivel de la localidad se ha abordado también desde el resultado de las prospecciones sistemáticas llevadas a cabo en la cuenca de Santiago y Rancagua y curso medio e inferior del río Maipo (Cornejo et al. 2003-2004, Sanhueza et al. 2004, 2005). Estas han mostrado que los sitios no están distribuidos homogéneamente en el espacio, sino que existen “áreas” con alta densidad de ocupaciones y otras donde prácticamente no se encuentran evidencias. Un ejemplo bastante gráfico de esto ocurre en el sector norte de la cuenca de Rancagua, donde los asentamientos se ordenan a lo largo de los cursos de agua más importantes (río Peuco, esteros Los Viedmas y Codegua al norte y río Cachapoal más al sur), quedando una gran área deshabitada o con muy escaso registro de ocupaciones entre ellas (Latorre 2004). Más allá del importante rol que está jugando el recurso hídrico en este ordenamiento, esta distribución diferencial de asentamientos da pie para hablar de “localidades” hipotéticas a partir del propio registro arqueológico, que luego pueden ser puestos a prueba.

En todo caso, queda en evidencia que unidades que deberían ser tan significativas en términos sociales para Lollolo, tales como la comunidad y la unidad socio-territorial, no cuentan con estudios que permitan validarlas en su propia dimensión. Por ahora es sólo una mirada indirecta que tendrá que ser contrastada cuando se implementen las estrategias de investigación apropiadas.

El nivel de la malla de relaciones u organización tribal

Las relaciones sociales que involucran a grupos socialmente afines pero espacialmente distantes se abordan desde la perspectiva regional. Los estudios

regionales han sido sin duda los que han tenido el desarrollo más importante en Chile central. Existe una definición bastante buena de las unidades regionales (por ejemplo Bato y Llolleo) en virtud de miradas a escala regional desde la cuenca Maipo/Mapocho hasta el río Cachapoal. Esto se ha logrado en base al reconocimiento de sitios a través de prospecciones sistemáticas en la cuenca de Santiago, el valle del río Maipo, la costa y en la cuenca de Rancagua; la excavación y análisis de materiales de algunos de ellos, y la revisión de colecciones, principalmente cerámica que procede de funebria.

El hecho que los rasgos de más alta visibilidad y que siempre se han observado en los artefactos, tales como forma y decoración de las vasijas, sirvan para delinear las esferas de relaciones supra familiares, ha contribuido al reconocimiento de estas unidades regionales y es un trabajo acumulativo que lleva casi 30 años. Este nivel sería el que involucra a todo el área de dispersión de la unidad arqueológica “complejo cultural Llolleo”.

Acorde con el modelo etnohistórico, lo interpretamos como el nivel máximo de extensión de la red de relaciones sociales que por ahora alcanzamos a ver en el registro arqueológico y que es justamente el que le da la “identidad arqueológica” al complejo cultural Llolleo. Este ha sido evaluado a través de diversos estudios sistemáticos comparativos de la materialidad (Falabella 2000, Sanhueza 2004) y nuevos análisis, como la comparación estadística de atributos cualitativos y cuantitativos entre la cerámica Llolleo de la cuenca de Santiago y la de Rancagua, que siguen confirmando esta apreciación inicial (Correa 2004).

Un nivel regional tan amplio y que tiene una permanencia tan larga en el tiempo (por lo menos 600 años) funciona siempre y cuando existan mecanismos de integración. Para Llolleo, un sitio paradigmático ha sido el de La Granja en el valle del río Cachapoal (Planella et al. 2000, Falabella et al. 2001). Allí se ha constatado la co-ocurrencia de un altísimo número de pipas, con un porcentaje mayor de jarros que otras vasijas cerámicas, abundancia de jarros asimétricos y decorados, objetos peculiares (figurilla antropomorfa de cerámica, figuras de piedra) y amontonamientos de bolones de río con quemas, algunos de ellos enterrados con una disposición espacial bien definida. Ha sido interpretado como un “espacio de congregación ritual” bajo el modelo de las “juntas de indios” referidas desde el siglo XVI. Un dato relevante es la permanencia temporal en el uso de este espacio ritual (al menos 400 años), ya que ello es coherente con las descripciones de estos eventos de agrupamiento, en sitios señalados y escogidos consensualmente por los naturales de la región. En el contexto de este trabajo, lo que más interesa señalar es que la informa-

ción arqueológica se corresponde muy bien con el modelo de organización tribal. Por una parte existe la evidencia del referente arqueológico espacial (sitio arqueológico como locus de juntas) y por otra existe la evidencia de una materialidad (jarros usados en las ceremonias) que se ha visto que son los que tienen un mayor nivel de similitud a nivel regional (Falabella 2000) y que es la categoría que, por la información de las pastas, con mayor probabilidad de haber circulado dentro de la región (Sanhueza 2004). Pensamos entonces que forma parte del sistema de integración y cohesión social necesarios en grupos hortícolas/agrícolas, como los Llolleo.

Otra mirada regional, pero más restringida (en el sentido que no incluye a toda la población “Llolleo”) ha sido la comparación costa/interior. Aunque las inferencias se basan en la comparación de pocos sitios y es un tema que debe seguirse explorando, las diferencias constatadas a través de varios análisis, estarían mostrando territorios y características diferenciales entre las unidades sociales de la costa y las del valle (Falabella et al 1995-96, Sanhueza 2004). Creemos que esta situación social corresponde también a los sistemas de alianzas propios de la organización tribal ya que el espacio involucrado es demasiado amplio como para asimilarlas a unidades socio-territoriales. Esto nos habla de la existencia de distintas redes que se articulan dentro de esta población.

La relación con los otros

La información del campo social en el que están insertos los grupos Llolleo así como “otros” con quienes interactúan se ha logrado a partir de los estudios regionales, con una mirada a nivel intra e interareal a través de la cual se han establecido suficientes diferencias entre conjuntos arqueológicos de Chile central y sus contrapartes en el norte, sur y oriente, y se han reconocido similitudes que sirven para plantear posibles contactos entre ellos. Es el caso de las coincidencias de los contextos alfareros Llolleo con Pitrén del sur de Chile y, a un nivel mucho más general, la correspondencia entre las expresiones de distintos grupos del período Alfarero Temprano del Area Andina Meridional (Falabella y Planella 1979, Falabella y Planella 1988-1989).

Dentro de Chile central, la coexistencia de distintas unidades contemporáneas, incluso en sitios muy próximos como el caso del sitio Hospital, donde las ocupaciones Llolleo y Bato no están separadas por más de 300 metros, es una evidencia ineludible de que estos grupos tienen al “otro” dentro de su campo social estableciendo diversos niveles y manifestaciones de interacción social (Sanhueza et al. 2003). Lo mismo ocurre entre cazadores recolectores

y horticultores en la cordillera (Cornejo y Sanhueza 2003). Para nosotros, entonces, no es incoherente el hallazgo ocasional de materialidad que se identifica como de un grupo, en sitios del “otro”. Tal es el caso de 3 fragmentos cerámicos inciso lineales punteados y 1 tembetá en el sitio La Granja, 10 incisos lineales punteados en El Mercurio y 1 tembetá en LEP-C, por nombrar sólo algunos ejemplos. Dentro de la esfera del campo social se integran también las evidencias de las relaciones de grupos cordilleranos o transcordilleranos con los grupos del valle central (Sanhueza et al. en prensa).

En relación a este punto, es importante reconocer que las estrategias analíticas han privilegiado el reconocimiento y la información de los elementos recurrentes de los contextos en desmedro de las singularidades, y es este último camino el que podría ser más efectivo para reconocer relaciones concretas con “otros”, por ejemplo, a través de bienes de intercambio (esto es válido también para el análisis a nivel regional intra grupo social).

LAS SOCIEDADES DEL PAT DE CHILE CENTRAL: ¿HACIA DÓNDE VAMOS?

En el presente trabajo hemos intentado dar sistematicidad y hacer explícitos los argumentos usados para interpretar la organización social de los grupos Llolleo del período Alfarero Temprano en Chile central. El ejercicio analítico que hemos realizado devela varios aspectos interesantes. Por una parte, el registro arqueológico resulta coherente con las expectativas derivadas del modelo de sociedad indígena en aquellos aspectos para los que se dispone de evidencia como para realizar una contrastación. Por otra, la manera de enfocar el análisis, a partir de unidades sociales significativas, de los correlatos espaciales y de la materialidad tratada con la perspectiva del estilo tecnológico, sirvió para ordenar ideas que probablemente han estado presentes en muchas publicaciones pero que requerían una mejor fundamentación y una integración mayor. Por último, muy claramente quedan en evidencia donde están las fortalezas y donde las debilidades de la investigación hasta ahora desarrollada por nuestros equipos de trabajo en relación a la interpretación de la organización social.

En esta oportunidad hemos revisado el estado de la información utilizando las unidades sociales significativas, que se desprenden de la información de la sociedad indígena local, como eje articulador y ordenador. Por cierto existen otras vías que complementan lo que aquí hemos visto, y otros aspectos de interés como es la naturaleza y poder de los líderes o los sistemas de producción cuyas expresiones en los contextos de estudio no hemos tratado en esta ocasión.

Por ahora la conclusión más evidente es que falta por desarrollar mucha investigación en diversos niveles en Chile central. Pero lo que ayudaría a dar un salto cualitativo de significancia en la interpretación social, sería implementar escalas de investigación a nivel de la localidad. Es este nivel el que permite acceder a la información sobre las relaciones sociales en el seno de una comunidad y unidad socio-territorial que son los ámbitos de integración sustantivos para la reproducción del grupo social, de la labor productiva y de la generación de los sistemas de liderazgo y poder. Teniendo presente la realidad arqueológica de Chile central y las condiciones de conservación del registro, creemos que la aproximación desde la antropología de las tecnologías se podría hacer extensiva a otros materiales frecuentes, como el lítico, y a la forma como estas poblaciones se relacionaron con el entorno y usaron sus recursos, consiguiendo así un grado de resolución bastante fino de la malla social del período Alfarero Temprano.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es parte de las investigaciones del proyecto Fondecyt N°1030667. Agradecemos a Luis Cornejo y Viviana Manríquez por sus valiosos comentarios, así como a los coordinadores del simposio “Reconstruyendo la organización social de las comunidades alfareras prehispánicas del norte chico, Chile central y el centro-sur” del V Congreso Chileno de Antropología, Daniel Pavlovic y Rodrigo Sánchez, donde se hizo una presentación oral de este artículo.

Figura 1.
Sitios arqueológicos del complejo Llolleo mencionados en el texto.

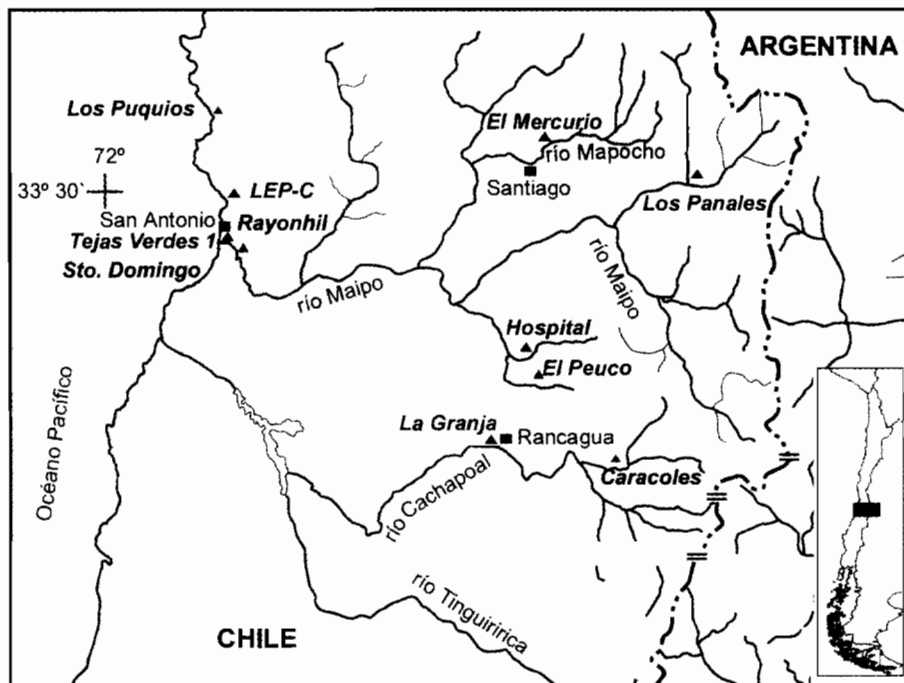


Tabla 1.
Niveles de análisis de las unidades sociales en la arqueología del periodo alfarero temprano de Chile central.

	UNIDAD SOCIAL	LAZOS DE UNIÓN	CORRELATOS ARQUEOLÓGICOS		ESCALA DE INVESTIGACIÓN
			Tipo de Registro	Estilo Tecnológico	
COMUNIDAD ↑ ↓ relaciones cara a cara, identidad básica, socialización primaria	Hogar	doméstico, relaciones cara a cara cotidianas, unidad familiar	*vivienda, áreas de actividad + artefactos de uso doméstico		intra sitio
	Grupo coresidencial	contiguidad espacial, relaciones cara a cara	*sitio arqueológico (una o más viviendas) + artefactos de uso doméstico	estilo tecnológico local pastas, formatación, micro-estilos de forma y decoración (comparten conductas de aprendizaje)	sitio
	Unidad socioterritorial	interacciones sociales y lazos de cooperación supra familiares auto suficiente, dentro de un territorio reconocido, identidad	*sitios en un espacio geográfico determinado con áreas de captación y uso de recursos + patrón de asociaciones artefactuales		localidad
	Organización tribal	red latente de relaciones recíprocas, alianzas de distinta naturaleza y envergadura para la integración regional	*sitios de congregación + bienes simbólicamente vinculados a las relaciones sociales supra linaje	estilo tecnológico regional formas y decoraciones	supra localidad / regional / supra regional
	Campo social	red de relaciones e influencias de distinta naturaleza e intensidad con "otros" lejanos social y/o espacialmente	*espacios interdigitados + bienes de intercambio, influencias		intra e interareal

BIBLIOGRAFÍA

- Arnold, J. E.**, 1996. Understanding the evolution of intermediate societies. En *Emergent complexity. The evolution of intermediate societies*. editora Arnold, J. E., pp. 1-12. Ann Arbor, Michigan: International Monographs in Prehistory.
- Benavente, A., C. Thomas y R. Sánchez**, 2000. Prácticas mortuorias durante el Agroalfarero Temprano. Una reflexión sobre su significado. *Actas Segundo Taller de Arqueología de Chile Central* (1993).
- Bibar, G. de**, 1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile*. Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina. Ed. Universitaria, Santiago.
- Blanton, R. E.**, 1994. *Houses and households. A comparative study*, Plenum Press, New York.
- Bourdieu, P.**, 1977. *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Bocek, B.**, 1991. Prehistoric settlement pattern and social organization on the San Francisco Peninsula, California. En: *Between bands and states*. editado por S. A. Gregg, pp. 58-86. Southern Illinois University, Carbondale.
- Braun, D. P. y S. Plog.**, 1982. Evolution of "tribal" social networks: theory and prehistoric North American evidence. *American Antiquity* 47 (3): 504-25.
- Correa, I.**, 2004. *Comparación de piezas cerámicas completas del periodo alfarero temprano entre la cuenca de Santiago y la cuenca de Rancagua*, Práctica profesional de Arqueología, Universidad de Chile, Santiago.
- Cornejo, L., P. Miranda y M. Saavedra**, 1997. Cabeza de León: ¿Una localidad de explotación minera prehispánica en la cordillera andina de Chile central? *Chungara* 29(1): 7-18.
- Cornejo, L. y L. Sanhueza**, 2003. Coexistencia de Cazadores Recolectores y Horticultores Tempranos en la Cordillera Andina de Chile Central. *Latin American Antiquity* 14 (4): 389-407.
- Cornejo, L., F. Falabella y L. Sanhueza**, 2003-2004. Patrón de asentamiento y organización social de los grupos Aconcagua de la cuenca del Maipo. *Revista Chilena De Antropología* N°17: 77-104.

- Cusick, J. G.**, 1998. *Studies in Culture Contact: Interaction, Culture Change, and Archaeology*. CAI Southern Illinois University, Carbondale.
- Dietler, M. y I. Herbich**, 1998. Habitus, techniques, style: an integrated approach to the social understanding of material culture and boundaries. En *The archaeology of social boundaries*, editado por M. T. Stark, pp. 232-263. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Dillehay, T.**, 1992. Identificación de grupos sociales y límites entre los mapuche de Chile: implicaciones para la arqueología. En *Arqueología en América Latina hoy*. Editor: Politis, G., 144-156. Biblioteca Banco Popular.
- Falabella, F.**, 2000. El sitio arqueológico de El Mercurio en el contexto de la problemática cultural del período alfarero temprano en Chile central. *Actas Segundo Taller de Arqueología de Chile Central (1993)* [Http://Members.Tripod.Cl/Lcbmchap/Ferfal1.Htm](http://Members.Tripod.Cl/Lcbmchap/Ferfal1.Htm).
- Falabella, F.**, 2003. Las identidades en el mundo prehispano de Chile central. En *Revisitando Chile: identidades, mitos e historias*, editado por S. Montecino, pp. 297-303. Publicaciones del Bicentenario, Santiago.
- Falabella, F.**, 1984. *Sistemas de relaciones sociales en la esfera lingüística mapuche: siglo XVI*, ms.
- Falabella, F y M. T. Planella**, 1979. *Curso inferior del río Maipo: evidencias agroalfareras*. Tesis de grado, Universidad de Chile.
- Falabella, F y M. T. Planella**, 1988-1989. Alfarería temprana en Chile central: un modelo de interpretación. *Paleoetnológica* N°5: 41-64.
- Falabella, F y M. T. Planella**, 1991. Comparación de ocupaciones precerámicas y agroalfareras en el litoral de Chile central. En *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. T.3., 95-112, Santiago.
- Falabella, F., M. T. Planella y P. Szmuleviç.**, 1981. Los Puquios, sitio arqueológico en la costa de y Chile central. *Revista Chilena De Historia y Geografía* 149: 85-107.
- Falabella, F., E. Aspillaga, R. Morales, M. I. Dinator y F. Llona.**, 1995-1996. Nuevos antecedentes sobre los sistemas culturales en Chile central sobre la base de análisis de composición de elementos. *Revista Chilena de Antropología* 13: 29-60.

- Falabella, F., M. T. Planella y B. Tagle**, 2001. Pipe e tradizione di fumare nelle società preispaniche del Periodo Agroceramico Precoce nella regione centrale del Cile. *Eleusis Nuova Serie* N°5: 137-52.
- Falabella, F. y R. Stehberg**, 1989. Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: zona central (300 a.C. a 900 d.C.). En *Prehistoria (Cap. XIV)*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y I. Solimano, pp. 295-311. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Farga, C.**, 1995. Los agricultores prehispánicos del Aconcagua una muestra de la heterogeneidad mapuche en el siglo XVI. *Cuadernos de Historia* 15: 65-98.
- Faron, L.**, 1964. *Hawks of the sun*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Fried, M.**, 1975. *The Notion of Tribe*, Cummings, Menlo Park.
- Ginés de Lillo**, 1942 [1602-1605]. *Mensura general de tierras*. Imprenta Universitaria, Santiago de Chile.
- Gosselain, O. P.**, 1998. Social and technical identity in a clay crystal ball. En *The archaeology of social boundaries*, editado por M. T. Stark, pp. 78-106. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Johnson, A. W. y T. Earle.**, 1987. *The evolution of human societies. From foraging group to agrarian state*. Stanford University Press, Stanford, California.
- Kolb, M. J. y J. E. Snead**, 1997. It's a small world after all: comparative analyses of community organization in archaeology. *American Antiquity* 62 (4): 609-28.
- Latorre, E.**, 2004. *Una primera evaluación de la presencia y distribución de contextos culturales en la cuenca de Rancagua norte*, Práctica profesional, Universidad de Chile.
- Lemonnier, P.**, 1992. *Elements for an anthropology of technology*, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor, Michigan.
- Manríquez, V.**, 1997. *Purum aucca. Promaucaes. De "no conquistados enemigos" a indios en tierras de Puro, Rapel y Topocalma. Siglos XVI-XVIII.*, Tesis de grado Licenciado en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

- Mariño de Lovera, P. de**, 1865 [1580] *Crónica del reino de Chile*. CHCH, Tomo 6, Santiago de Chile.
- Planella, M. T.**, 1988. *La propiedad territorial indígena en la cuenca de Rancagua a fines del siglo XVI y comienzos del XVII*. Tesis para optar al título de Magister en Historia, Universidad de Chile.
- Planella, M. T., F. Falabella y Tagle Blanca**, 2000. Complejo fumatorio del período agroalfarero temprano en Chile central. *Museo Regional de Atacama: Contribución Arqueológica, Tomo I 5*: 895-909.
- Planella, M. T., F. Falabella, B. Tagle y V. Manríquez**, 1997. *Fundamentos prehispánicos de la población "promaucae" histórica*. Informe Final Proyecto Fondecyt N° 194-0457.
- Sahlins, M.**, 1972. *Las sociedades tribales*, Editorial Labor S.A., Barcelona.
- Sanhueza, L.**, 2004. *Estilos tecnológicos e identidades sociales durante el período alfarero temprano en Chile central: una mirada desde la alfarería*, Tesis de Magister en Arqueología, Universidad de Chile, Santiago.
- Sanhueza, L.**, 2000. Período Alfarero Temprano en Chile central: una visión desde la cerámica. *Contribución Arqueológica, Tomo II (Actas XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Copiapó) 5*: 541-70.
- Sanhueza, L., D. Baudet y F. Falabella**, en prensa. El complejo Llolleo más allá de la vertiente occidental de los Andes. *Actas XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*.
- Sanhueza, L. y F. Falabella**, 2003. Las comunidades alfareras iniciales de Chile central: continuidades y cambios desde el arcaico tardío a las sociedades hortícolas y alfareras. *Actas IV Congreso Chileno de Antropología Tomo II*: 1405-10.
- Sanhueza, L. y F. Falabella**, 1999-2000. Las comunidades alfareras iniciales en Chile central. *Revista Chilena de Antropología* 15:29-47.
- Sanhueza, L., M. Vásquez y F. Falabella**, 2003. Las sociedades alfareras tempranas de la cuenca de Santiago. *Chungara* 35 (1): 23-50.
- Sanhueza, L., L. Cornejo, F. Falabella y M. Vásquez**, 2004. Informe Proyecto Fondecyt N° 1030667.
- Sanhueza, L., L. Cornejo, F. Falabella y M. Vásquez**, 2005. Informe Proyecto Fondecyt N° 1030667.

- Service, E. R.**, 1962. *Primitive social organization. An evolutionary perspective*, Random House, New York.
- Stark, M. T.**, 1999. Social dimensions of technical choice in Kalinga ceramic traditions. En *Material meanings. Critical approaches to the interpretation of material culture.*, editado por E. S. Chilton, pp. 24-43. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- Upham, S.**, 1990. *The evolution of political systems. Sociopolitics in small -scale sedentary societies*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Yaeger, J. y M. A. Canuto**, 2000. Introducing an archaeology of communities. En *The archaeology of communities*, editado por M. A. Canuto y J. Yaeger, pp. 1-15. Routledge, London y New York.